

Recordar, compartir, aprender

Murcia

Diego Rabal Bernabé, 71 años

Gonzalo Gómez Montoro, 26 años

UNA VIDA ENTRE NÚMEROS

El tren atraviesa las estaciones de Alhama, Totana, Lorca, Pulpí... Pasa a toda velocidad entre limoneros, naranjos, olivos y algún que otro viñado. Los 100 kilómetros que me separan de Diego desfilan por la ventana como una vertiginosa proyección cinematográfica. Poco antes de llegar a Águilas cambia el paisaje. El colorido de los frutales va dando paso a la tierra grisácea hasta que por fin, a lo lejos y entre los edificios, el mar aparece terso y brillante como un espejo infinito.

Diego me espera sonriente en el andén. Es alto y simpático, y tiene los ojos del color del mar junto al que nació en 1938:

- Águilas era entonces muy pobre -recuerda mientras sorbe el café- No había trabajo. Sólo te quedaba emigrar o ser pescador. ¡Y yo siempre me he mareado en los barcos! Como se me daban bien los números, me inscribí en una academia de contabilidad. Mi intención era irme a Barcelona. El jefe del Banco Central en Cataluña era Don Antonio Cortijos, un aguileño. Cuando hacía falta cubrir una plaza, él llamaba a gente del pueblo. Al cumplir los 17, le escribí una carta. Le dije que quería trabajar en el banco y le di mis datos, pero no me llamó. Por esas fechas, un amigo se iba a Barcelona a hacer la mili. Yo le dije a mi madre que quería marcharme con él. No teníamos dinero para el billete, así que mi madre pidió prestado a vecinos y familiares.

- ¿Cómo fue el viaje? -le pregunto viendo cómo sus ojos brillan con el recuerdo.

- El día que subí al tren estaba tan asustado como si me fuera a la guerra porque yo nunca había salido de Águilas. Pasé las 28 horas del trayecto de pie. A ratos me quedaba dormido. Soñaba que encontraba trabajo en el banco, que devolvía lo prestado para el viaje y que podía enviarles dinero a mis padres, pero cuando el tren tomaba una curva me despertaba dándome un cabezazo contra la pared. Al llegar a la estación me dolía mucho la cabeza y estaba tan cansado como si hubiera viajado hasta la otra punta del mundo.

- ¿Qué pasó en Barcelona? -le animo a que siga, hechizado como estoy por su historia.

- Lo primero que hice fue ver a Don Antonio. Me dijo que no había trabajo para mí, que volviera a Águilas y que si surgía una plaza me llamaría. En ese momento, el mundo entero se me vino encima. Debía devolver el dinero del viaje y no tenía con qué. Al salir de la oficina me sentía perdido en una ciudad desconocida, y todo a mi alrededor daba vueltas y más vueltas, como si estuviese en una barca de pescadores.

- ¿Y qué hiciste entonces, Diego?

- Dos días más tarde y una hora antes de regresar a mi pueblo, telefoneé a Don Antonio. Me dijo que había surgido una plaza en el banco y que yo podía ocuparla. ¡Fíjate tú -exclama con una gran sonrisa-, al oír aquello me puse tan contento que me entraron ganas de besar a la gente que veía por la calle!

“Por supuesto, acepté el trabajo. Esa noche me instalé en casa de unos familiares y al día siguiente empecé en el banco. Trabajaba muchas horas sacando cuentas con papel y lápiz. Nada de ordenadores ni calculadoras. Libretas de ahorro, cuentas corrientes, letras, intereses, liquidaciones. Todo a mano. Por la noche, cuando me acostaba y cerraba los ojos, sólo veía números. Números larguísimos, con muchos ceros.

“A los dos meses de empezar en la oficina cuadré un balance al primer intento y eso impresionó al director. Me ofrecieron trabajar por las tardes en la empresa de un cliente, la constructora que levantó parte del Camp Nou. Luego el banco me envió como empleado a Calella y a Masnou”.

“En Masnou me avisaron de que mi padre estaba muy enfermo. En el viaje de Barcelona a Águilas, pensé en mis padres y en cómo habían pasado toda su vida trabajando. En esa época se encontraban solos, porque

mis hermanas vivían fuera. Al final me trasladaron al sur para que pudiera estar cerca de mis padres. En total pasé 12 años en Cataluña, donde hice amigos que todavía conservo y acabé por sentirme como en casa”.

- ¿Cómo te fue en los años siguientes?

- Trabajé en sucursales de Andalucía, Valencia y Murcia. Conocí a mi mujer en el año 67 y en el 69 me casé. En esa época mi suegro era cosechero y exportador de tomate en Águilas. Al poco de casarnos la empresa de mi suegro estaba a punto de irse a pique. Debía mucho dinero. Me preguntaron por qué no iba a la oficina a ayudar con los números, así que pedí un año de excedencia para trabajar en la empresa. Cuando llegué, estaba todo tan desordenado como si un huracán hubiera pasado sobre las cuentas. Yo les pedía confianza a los proveedores. Trabajamos y trabajamos, y al final pudimos pagar todo lo que se debía.

- ¿Qué pasó finalmente con la empresa?

- Conseguimos reflotarla con mucho esfuerzo. Luego me reincorporé al banco en Águilas. Por esas fechas tuve a mis tres hijos. Por la mañana y la tarde trabajaba en la sucursal y de allí iba a la empresa de mi suegro. Los viernes me quedaba hasta las dos de la madrugada preparando nóminas. Al acostarme veía números por todas partes, igual que cuando estaba en Barcelona.

Antes de terminar nuestra conversación le pregunto por su vida actual. A pesar de la jubilación, Diego no ha dejado de trabajar. Ahora es tesorero del Aula de Mayores de Lorca. Lleva las cuentas de los viajes, las actividades... “Allí he conocido a gente interesante con la que he hecho amistad”, me dice. Le miro y me ofrece una sonrisa afectuosa. “A mí”, prosigue, “me salvaron dos cosas en la vida: ser trabajador y mi pasión por los números”. Y llevar la hermosa bahía de Águilas en los ojos, pienso yo.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

La historia de Diego demuestra la importancia de ser trabajador y de esmerarse lo máximo posible en el oficio que uno desempeña. A pesar de tener un origen humilde y de crecer en una época de dificultades económicas como fue la posguerra española, la vida de Diego refleja cómo uno puede llegar muy lejos si posee capacidad de superación y esfuerzo, y aprovecha las oportunidades que se le ofrecen. El trabajo bien hecho, parece decirnos este relato, siempre acaba produciendo sus frutos.

La experiencia de Diego en Cataluña es también un ejemplo de integración. Él llegó a Barcelona desde una región lejana y menos favorecida, pero esto no supuso un problema a la hora de entablar amistad con compañeros de trabajo catalanes, sino al contrario, pues los días libres solían ir juntos a la montaña o a la costa.

Igualmente, el hecho de emigrar a una edad temprana no implica que las personas pierdan sus raíces. Nuestro protagonista nunca olvidó a su familia aun teniendo muchas horas de trabajo y cientos de kilómetros por medio. Por eso, lo más importante en la vida para Diego es cuidar de sus familiares, preocuparse por que estén bien y por que se mantengan las buenas relaciones entre ellos. Lo demostró trabajando de lunes a domingo cuando la empresa de su suegro se encontraba en una difícil situación, o cuando solicitó el traslado al sur para atender a su padre enfermo, rechazando ofertas tentadoras de aumento de puesto y sueldo.

Por último, su labor de tesorero en el Aula de Mayores de Lorca es el mejor ejemplo de que la experiencia adquirida con los años sigue teniendo vigencia, y de que Diego y las personas de su edad pueden seguir aportando mucho a nuestra sociedad.